47/1556564

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I 18 DE AGOSTO DE 1921 NÚM. 8

LA HIEL

Novela de Alberto Insúa

Ilustraciones de Bujados

PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 57 - MADRID

BIBLIOTECA MADRID

LA HIEL

I

LUDMILA, Ludmila, tú debías pensarlo...

—Antal, yo adoro á Stur...

—Ilusión, romanticismo. Stur es viejo...

—Stur es noble...

—Literatura... Stur te dobla la edad...

—Stur es hermoso. Se parece al Moisés de Miguel Angel...

—Y yo soy feo y me parezco al monstruo bíblico que se te antoje. Pero sólo tengo treinta años, cinco más que tú.

—El espíritu no tiene edad.

—Pero la carne, sí.

—Yo no pienso en esas cosas.

—Eso dices tú.

—Antal, te lo repito: yo adoro á Stur, al gran Alois Stur, tu maestro...

—Yo no soy discípulo de nadie...

—Tú eres malo, Antal Chowski; tú eres medio víbora y medio cuervo...

—Me basta con ser hombre para ti, Ludmila.

—Escucha, Antal; si tú y yo fuésemos en un buque, y naufragásemos, y tú y yo nos encontrásemos

sanos y salvos en una isla desierta, yo me volvería á tirar al mar...

—Yo te arrancaría á las olas y te reduciría á obedecerme. Luego me darías las gracias. Porque mis caricias de lobo concluirían por enloquecerte...

—Antal, eres un hombre abominable. ¿Tú sabes que Stur conoce esta pasión estúpida que tú sientes por mí?

—Tú se lo has dicho.

—El lo ha observado en tus ojos.

—¿Y no te prohibe que me recibas cuando no está él?

—El está seguro de Ludmila, y si yo contrajese la locura de quererte, él mismo me diría: «Vete á vivir con Antal Chowski.» ¡Ah! ¡Es que Alois Stur es de los que respetan sus opiniones! ¿No es la primera ley nuestra la libertad del amor? Pues tú querrías esclavizarme. Si tú pudieses, me tratarías como un bajá turco á la última de sus esclavas.

—No; como á la primera. Y el esclavo tuyo sería yo: Hércules á los pies de Onfalia. ¿Quieres probar?

—Me repugnas. No hagas el menor movimiento...

—Es verdad. Te defiendes como una amazona. Y si no, que lo diga Wenceslao.

—El príncipe valía más que tú. A los diez y ocho años el hijo del rey de Ostravia puede figurarse que la hija de uno de sus palafreneros ha de acceder á sus caprichos. Yo le demostré su error de una manera violenta; pero no necesito que tú me recuerdes la historia, porque se mancha al pasar por tus labios, ni veo por qué has de compararte con el príncipe...

—Dime una cosa, Ludmila... Alois Stur, que además de apóstol revolucionario es psicólogo, y que tan bien lee en los ojos y en el corazón de sus semejantes, ¿no ha sorprendido la simpatía que tú sientes por el futuro tirano de Ostravia?



—La comparte.

—Lo sospechaba. Alois Stur es débil.

—Es generoso. Y por hoy basta, Antal. Este diálogo es siempre el mismo.

—No. Cambian ciertos matices. Hoy sé algo que quería saber...

—Dilo.
—No. Es un arma que esgrimiré contra ti.
—No me asustas, Antal. Márchate.
—Adiós, Ludmila... ¡Ah! ¡Dile al jefe que ha llegado el telegrama de Kaumamm! Tal vez te interese. Se trata del príncipe, de tu príncipe.
—Está bien. Márchate.
—¡Adiós..., princesa!

II

Antal Chowski era un nihilista ruso, Alois Stur un apóstol de las ideas revolucionarias y Ludmila Dodzko la mujer más hermosa del reino de Ostravia. Dos tipos de belleza femenina: uno alto, macizo, en que predomina el nervio germánico, y otro suave, ondulante y grácil, que es puramente eslavo, suele encontrar el viajero en las calles de Rustria, la bella capital del reino de Ostravia. Pero así como Rustria es medio tudesca y medio eslava y tiene, para sazonar esta alianza, la sal latina que puso en ella el Renacimiento, así Ludmila Dodzko, hija de austriaco y de ostrovena, era alta y fuerte sin ser pesada, sin llegar á la robustez casi viril de las *Gretchen*, y tenía de las *Lybusas* y *Marysas* de los eslavos de la Europa Central la gracia, la ligereza corpórea y el misterio. Luego, en Italia, en Francia, en España, en sus viajes con Alois Stur por los países latinos, la belleza de Ludmila había recibido, como la de Rustria, el soplo de oro del Mediterráneo.

Aquella tarde Ludmila estaba deslumbrante. Era rubia, pero de un rubio intenso, cálido y fulgente. Tenía extensos ojos de ídolo, de un azul de zafir. La nariz era pequeña y aguda; la boca, grande y fina, tenía los dientes en un semicírculo demasiado estrecho y con tendencia al ángulo: boca de serpiente, boca voluptuosa y voluntariosa, para besar y para morder. La frente era noble y el perfil hubiese sido aristocrático sin la línea, deliciosamen-

te plebeya, de la nariz. Cuello alto, hombros suaves, talle y piernas de bayadera. Se comprendía la pasión arrebatada de Antal Chowski: de Antal Chowski el feo, el malo, el cínico, el temible.

Antal no era ostroveno, sino ruso, de la Rusia de Israel. ¿Qué importa la ciudad en que hubiese nacido? Procedía de una familia de mercaderes. Había ingresado en la Escuela de Cadetes de Moscú. Un día le aplicaron el látigo. Se rebeló. Entonces tuvo que desnudarse el torso cotidianamente, antes de la cena, para recibir veinte ó treinta golpes de *knut*. Por aquella época ya había leído y releído las obras de Gogol, de Dostoievsky y de Tolstoi y comenzaba á enfrascarse en las de Nietzsche, Schopenhauer y Karl Marx. Con todo esto contrajo la pasión literaria. Para poder escribir y leer á su capricho, decidió fugarse de la Escuela. En unas vacaciones forzó la caja de caudales de su padre, hombre de suprema avaricia, y no paró hasta Alemania. En Berlín se puso en contacto con los grupos revolucionarios. Desde el primer instante se afilió á las extremas izquierdas del nihilismo, pero sin dar la cara, sirviendo más bien de propulsor que de instrumento. Los grandes jefes, los profetas de la *Gran Noche* no tardaron en advertir que Antal Chowski era un hombre de acción, una fuerza, un cerebro y un brazo que les convenían. ¿Por qué? Porque Antal Chowski odiaba á todo el mundo; porque Antal Chowski carecía de ternura, de piedad, de sentimentalismo, y si le hubiesen preguntado: «¿Cuál es tu sueño?», habría respondido: «Encontrar un explosivo para volar el planeta.» Entre tanto, en Berlín y en Londres, en Nueva York y en Varsovia, en Estockolmo y en Ginebra, en Barcelona y en Madrid, Antal Chowski *preparaba* atentados y disturbios. Además, redactaba folletos anónimos, que el servicio de la propaganda roja esparcía por

todas partes y que eran un prodigio de erudición y de elocuencia revolucionarias. Leyéndolos, las gentes debían figurarse al autor como á un titán barbudo, como á un Juan Bautista de la nueva fe, como á un ser noble y monstruoso, repugnante y sublime, troglodítico y auroral. De todas suertes, como á un gigante, como á un hermoso gigante: Atlas cansado de transportar el mundo sobre sus hombros y transformándole en una enorme bomba de dinamita, que estallaría al contacto del sol. No había tal cosa. Antal no era un gigante, sino un enano; Antal no era un demiurgo, sino un hombrecillo con entrañas de lobo; Antal era hermano de Calibán y de Caín.

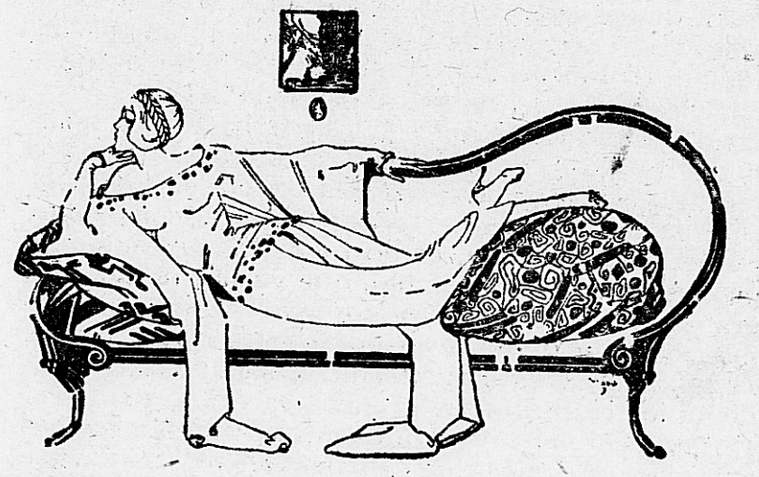
He aquí su retrato. Cráneo chico y periforme; orejas muy separadas del cráneo, vibrátiles y translúcidas; pelo pajizo y escaso; frente—eso sí—grande y abombada; ojos claros, desteñidos y lechosos: dos ostras entre los párpados; una nariz ganchuda y fuerte; una boca enorme, flácida y elástica, de caimán ó de sanguijuela, según el gesto que realizase; una barbilla de bruja, y luego un cuerpecillo de gnomo. El conjunto era ruín y repugnante. Y eso que Antal, á pesar de ser ruso, era limpio; más que limpio, pulquérrimo. Adoraba el agua como un batracio. Sus íntimos le comparaban con la rana. La voz de Antal era suave, resbaladiza, oleaginosa. Hablaba poco, pero cada una de sus palabras se extendía como una gota de aceite y el que las escuchaba no sabía cómo desprenderse de ellas. Antal era un hombre fascinante. De su persona caricatural y enigmática se desprendía un innegable magnetismo. ¿Por qué? La propia Ludmila le escuchaba con curiosidad. Y el gran Alois Stur sentía por Chowski cierta forma de respeto y admiración.

III

Ludmila se reclinó entre los almohadones de un canapé y, como siempre que esperaba á Stur, se puso á recordar. Le gustaba recordar su vida porque era hermosa como una leyenda. Si hubiese sido triste ó apacible no la habría recordado. ¿Para qué? Sólo la atraían las vidas extraordinarias, reales ó ficticias, nobles ó depravadas. Por eso leía á Shakspeare y á Ibsen, á Goethe y á Hugo; por eso amaba á Alois Stur; por eso no podía dejar de discutir con Antal, el odioso, y por eso ahora, en aquel instante, se había reclinado entre los almohadones del canapé para abrir por la primera página el libro de estampas de su vida. Eran las cinco. Alois había ido á una reunión misteriosa. Alois conspiraba, y no llegaría hasta que el cielo—aquel cielo tan azul que veía por el balcón abierto—no se hubiese ennegrecido y tachonado de estrellas. Tenía tiempo de recordarlo todo.

Ella había nacido en un palacio, ó, más exactamente, en las caballerizas de un palacio. Su padre, Alejo Dodzko, era uno de los innumerables palafreneros del rey Federico V de Ostravia. Su madre, Tynka, figuraba entre la servidumbre palaciega: lavaba, cosía, planchaba. El rey Federico y la reina Alejandra tenían una magnífica residencia en Rustria, en la parte alta de Rustria, entre el Arzobispado y la Catedral, dominando el río con sus veinte puentes y la ciudad con sus cien cúpulas y sus cien torres romanas, góticas y bizantinas. Pero el rey

Federico, mediatizado por una gran corte de la Europa Central, emparentado con las más vigorosas dinastías y comprometido en peligrosas alianzas, era, en el fondo, un rey patriarcal, un buen burgrave, un tirano bonachón. Con sus patillas de hacha y su estatura de alabardero no lograba atemorizar á nadie. Ni se lo proponía. Sus generales y



arbitristas gobernaban por él. Lo que le entusiasmaba al buen rey Federico era vivir en su castillo de Holy, á doscientos kilómetros de Rustria y de sus ministros y sus diplomáticos.

En este castillo de Holy, que era el verdadero palacio de los reyes, había nacido Ludmila y había vivido, dichosa y saludable como una bestezuela, hasta los trece años, época en que comenzó á dis-

currir y á comparar. La servidumbre del castillo disponía de amplios alojamientos. Holy no era un parque y un palacio. Era mucho más: casi un mundo. Había en Holy lagos artificiales cuyos límites se perdían en el horizonte y donde habitaban los pescados del rey. Había bosques interminables donde vivían los ciervos, los jabalíes y los kanguros del rey. Y ciénagas para los patos. Y armoniosos y limpios estanques para los cisnes. Y un río, un afluente del Danubio, que pasaba geométrico y azul, entre las hayas milenarias, fecundando los estanques y los lagos. Holy era un Paraíso.

Antes que las maravillas del palacio, conoció Ludmila las riquezas rústicas que lo envolvían: los campos de lúpulo, de trigo, de centeno; los bosques que producían la mejor madera de Europa y su mejor resina; los establos y los pastizales, los molinos y las granjas... Sus primeros amigos fueron los recentales y los potros. Había en Holy una sucesión de dehesas, sobre todo para la cría caballar, pues el rey Federico, como todos los reyes, sentía predilección por ese animal, que va tan unido á los grandes hechos del hombre, que los antiguos lo humanizaron y divinizaron en la estirpe de Quirón. El rey Federico necesitaba muchos caballos. En sus dominios celebrábanse grandes cacerías, y sus carrozas recargadas y monumentales exigían bestias vigorosas. Además, los caballos del rey corrían en los mejores hipódromos de Europa.

Ludmila había ido conociendo poco á poco las razones que tenía el rey para dedicar á sus extensos potriles más atención que á los pabellones en que habitaba su interminable servidumbre. Pero mientras, á fuerza de discurrir, no llegó Ludmila á pretender que la vida del último marmitón de Holy era más importante que la del primer caballo, mientras fué inocente y, por lo tanto, dicho-

sa, Ludmila vivió entre los potros y las jacas como una amazona-niña, en su elemento. Su padre, Alejo, la dejaba cabalgar á su capricho, agarrada á las crines de las bestias jóvenes, que tenían fuego bajo la piel.



Tinka, su madre, que era tímida y de labores sedentarias, solía asustarse. Pero el administrador general de Holy, Otakar Fric, más importante en Ostravia que el canciller del reino, solía encontrar á Ludmila en sus excursiones al través de los dominios de Su Majestad. Y, lejos de enfadarse, decía:

«¡Qué gracia y qué nervio el de esta niña! Lástima que no sea hombre.» Si hubiese sido hombre, Otakar Fric, que era un gran deportista, habría hecho de Ludmila un *jockey*. Esta benevolencia de Otakar le permitió á ella ir tomando insensiblemente ciertas libertades, que en modo alguno toleraban los reglamentos del palacio, y menos aún el protocolo de la Corte. Cuando los soberanos y los príncipes se encontraban en su alcázar de Rustria—ó en cualquiera de los reales sitios que, hasta el número de cincuenta, poseían en Ostravia—, la hija del palafrenero Alejo y la planchadora Tinka podía penetrar en el castillo, recorrerlo á su antojo, detenerse en sus grandes salas, en sus gabinetes y sus alcobas. Y como era naturalmente limpia—limpia y fresca como una náyade—, los lacayos le permitían tocarlo todo, desde las muñecas de las princesas hasta los uniformes del príncipe Wenceslao, pasando por las tabaqueras del rey Federico y los impertinentes de oro y perlas de la reina Alejandra. Entonces el palacio era suyo. Ludmila tardó bastante tiempo en comprender el valor de aquellas riquezas y en preguntarse por qué las princesitas necesitaban cada una cuatro habitaciones, cuando ella no tenía ninguna, pues dormía en el mismo aposento de Alejo y Tinka, en una camita estrecha y con un colchón de borra sobre el bastidor de pino.

Precisamente Ludmila dejó de ser dueña del palacio cuando comenzó á pensar. Entre los ocho y los doce años vivió sin inquietudes, sin interrogaciones, como un ave llena de ímpetu y de luz. Todo le encantaba. Todo le pertenecía. Las cosas eran suyas hasta donde ella podía mirarlas, palparlas y aspirarlas. Esta condición de su espíritu infantil era maravillosa, pues los niños son, naturalmente, instintivamente, envidiosos. Envidiar es desear, ambicionar, y es propósito de adquirir por cualquier me-



dio los bienes que están á nuestro alcance. Ludmila no fué envidiosa hasta que se despertaron en su cabecita rubia los duendecillos de la razón.

Recordaba los años dorados de su infancia, cuando podía pasarse una hora frente á los juguetes de la princesa Ana—que era de su misma edad—sin sentir el deseo de quebrar el vidrio de las vitrinas en que esperaban, inmóviles é inútiles, las damiselas de porcelana, los arlequines de terciopelo, los soldaditos de plomo, los osos de felpa, las cajas de música, las linternas mágicas y los juegos de café diminutos, á que la princesita, desdeñosamente, los tocase ó, enfurecida, los rompiese. Recordaba con deleite aquellos años de inocencia salvaje, en que había sido como un pájaro y como una flor. ¿Por qué un día se vió transformada en mujer?

Un día, sin que nadie le hubiese dicho nada, comenzó á comparar. Ella era hermosa y las princesas no. Fernanda, la mayor, tenía cuerpo de hombre, una nariz fabricada de un pellizco y unos ojos como dos mitades de huevo. Carlota se parecía á Fernanda, y Ana, la pequeña, le recordaba al buho. Las princesas tenían ayas y azafatas. Dormían en camas espléndidas, comían en vajillas preciosas y un hombre vestido de librea las ayudaba á montar á caballo. ¡Y qué sillas las de sus caballos! No. Ella no habría querido cambiarse por las princesas; pero ¿por qué el mundo era *así?* Una vez se lo preguntó á Tinka. Su madre abrió mucho los ojos y le dijo:

—Siempre ha habido unas personas que mandan y otras que obedecen. Es Dios quien lo hace. Tu padre y yo somos criados del rey, y tú tendrás que serlo, como nosotros.

Ludmila no pareció satisfecha. Y como le hiciese á su padre la misma pregunta:

—No sé—le respondió Alejo—sino que es gran

cosa en la vida ser palafrenero del rey. Cuando tengas quince años te mandaré á Rustria, á que estudies algo, y á los diez y seis entrarás al servicio de la princesa Ana, según el señor Otakar Fric tiene á bien ofrecerme. Ya ves qué hermoso porvenir el tuyo. Cada año tendrás derecho á dos vestidos y á cuatro pares de zapatos viejos de la princesa, que los deja nuevecitos. Conque ya ves...

—Pero yo soy más alta que la princesa Ana y tengo un pie más pequeño que el suyo.

—Eso no importa—contestó Alejo—. Venderemos en Rustria los vestidos y los zapatos.

Ludmila había seguido meditando. Aquel porvenir de que le hablaba su padre no le parecía tan seductor. Preferiría no entrar en palacio, quedarse fuera, en alguna granja ó establo. Entre ser pastora ó azafata, lo primero le gustaría mil veces más. La idea de vestir y desvestir á la princesa Ana le causaba un sinsabor inexplicable. ¡Si al menos esta princesa le hubiese sonreído alguna vez! Pero la princesa Ana era fría y orgullosa como la reina Alejandra. Lo mejor de palacio eran los hombres: el rey Federico, con sus patillas de hacha y su mirada afectuosa, que, una vez, le había hablado, celebrando sus proezas de amazona, y el príncipe Wenceslao, que...

En este punto comenzaba la vida extraordinaria de Ludmila Dodzko...

IV

Entre la servidumbre de Holy, el príncipe Wenceslao tenía fama de bueno. Era verdad que su mirada afectuosa y su sonrisa amable contrastaban con los ademanes autoritarios y los gestos altivos de las tres princesas. Otakar Fric, el *factotum* del rey, se lamentaba del temperamento «algo democrático» del príncipe. Porque Fric no dejaba de ser un administrador severo y un ministro rígido sino cuando se trataba de disculpar alguna proeza de Ludmila. Y todos los altos servidores de palacio pensaban al unísono del señor Otakar: el príncipe heredero iba á ser aún más blando, «menos príncipe», que su padre el rey. «Con la agravante—sostenían los profesores del príncipe—que la bondad de Wenceslao era más peligrosa que la de Federico, porque no procedía, como en este último, exclusivamente del corazón, sino que se elaboraba en su pensamiento.» El príncipe era filósofo y admiraba á Leibniz. Sus profesores le habían sorprendido leyendo á Rousseau y á Tolstoi.

El príncipe había nacido entre las princesas Carlota y Fernanda, y tenía diez y ocho años al cumplir trece Ludmila. No podía decirse que Wenceslao fuese hermoso; era más bien feo, pero con una fealdad inteligente y noble. Su cuerpo era el de un atleta, y Ludmila procuraba por todos los medios asistir, oculta tras los macizos de evónimos, á los partidos de *tennis* en que Wenceslao triunfaba siempre. Ella se las arreglaba de tal modo que per-

día raramente la ocasión de ver al príncipe en su campo de *golf* ó en el Lago grande, donde le gustaba remar y nadar con los hijos de reyes, huéspedes de palacio, y con sus camarlengos y chambelanes. Ludmila admiraba al príncipe, pero sin la más tenue sombra de servilismo en esta admiración. Lo admiraba «de igual á igual». Nadie conocía como ella los méritos del príncipe como jinete, como nadador y como remero, porque ella misma practicaba todas aquellas artes de la mecánica corporal, que ahora se llamaban deportes y que eran antiguas como el mundo. Admiraba al príncipe sin sentir ninguna inclinación sentimental hacia su persona. A los trece años—el señor Otakar lo había observado perfectamente con sus ojillos verdes, que parecían de cristal, y lo había dicho con sus labios finamente sensuales—Ludmila era «una moza». Pero la moza no se había enterado de su transformación. Su madre, poco á poco, había debido ir ensanchándole los corpiños y alargándole las faldas, y como los lacayos y mozos de cuadra comenzaban á celebrarle demasiado las piernas, ella misma procuraba mostrarlas menos al montar á caballo, según su costumbre, como un hombre. Dentro de su pecho de mujer, su corazón seguía siendo el de una niña: el de una niña completamente sana, completamente niña, y cuando algún criado joven de palacio quería tirarle un pellizco, ella, con la mayor facilidad del mundo, le derribaba de un pescozón. Tynka y Alejo celebraban esta rudeza de Ludmila. ¡Ah! ¡No eran ellos como el sumiller Boris y el herrador Máximo, cuyas hijas—según se murmuraba—habían obedecido demasiado ciegamente al señor Otakar! Alejo y Tinka soñaban con un buen matrimonio para Ludmila, y su satisfacción era grande al ver que el mejor centinela de su virtud era ella misma. Precisamente desde que el

señor Otakar, como se cruzase con ella un día por un bosque, á caballo, y se pusiese á su lado para decirle «que se había puesto muy guapa y que su boca debía de saber á frambuesa», ella había decidido no salir en adelante sin un látigo con empuñadura de plomo, que le había regalado uno de los hombres del picadero.

Una tarde, la misma en que estrenaba el látigo, iba al galope por una selva de abetos, cuando el ruido de otro caballo, que parecía querer darle alcance, la forzó á parar en seco á su potro, un verdadero huracán.

—¡El viejo Fric!—pensó.

Le pareció que al fuego de su rostro ardía su cabellera rubia. Se puso en guardia y apretó bien el látigo. El señor Otakar venía hacia ella, derribando ramas, en un galope tendido, vertiginoso, admirable. ¡Ah! ¿Cómo á sus años podía galopar tan bien? Y, más curiosa que temerosa, esperó. Por fin el caballo y caballero que la perseguían aparecieron, raudos, al fondo del camino. Se puso pálida. Y refrenando á su potro, que espumeaba y se ponía en dos pies, se hizo á un lado para dejar el paso libre al príncipe Wenceslao.

Pero el príncipe paró también en seco su caballo la enfrentó, y mirándola risueñamente le dijo:

—¿Tú eres la Amazona?

Ella, entre turbada y alegre, le contestó:

—Alteza, me llaman así.

El príncipe jadeaba, sudaba.

—¡Qué carrera me has hecho dar! Creí que te matabas. Yo no me atrevería con tu potro.

Y Wenceslao señalaba á la bestia furiosa que Ludmila, con una presión de todo su cuerpo, contenía.

—¡Oh, sí!—exclamó ella, mirando por vez primera al príncipe á una vara de distancia.



—¿Tan buen jinete me crees?

—El mejor de Ostravia.

—Después de ti. ¿Quieres que cambiemos de caballo?

Ella dudó un instante. Y él, con un guiño amistoso, se echó á reir.

—¿Lo ves? Temes que tu animal me despida por las orejas.

—A mí me tiró ya. Pero ahora lo conozco. Espere Vuestra Alteza varios días...

—Esperaré. Un príncipe tiene el deber de no ser temerario; pero es un triste deber, te lo aseguro. ¿Quieres que vayamos juntos hasta la Avenida Imperial?

—Vuestra Alteza me ordena.

Y Ludmila y Wenceslao pusieron sus cabalgaduras á un trote lento, mirándose el uno al otro con curiosidad y simpatía. Ella le observaba y él parecía sorprendido de su hermosura. Sofocados ambos por la carrera, las facciones de Ludmila ganaban en esplendor. Su cabellera rubia desplegada; sus ojos metálicos; su perfil de Venus rústica; su boca fresca..., todo parecía cautivar al príncipe, que de la cara descendía al torso, al talle, á los flancos de la Amazona, para envolverla en una mirada de admiración total.

—¡Qué guapa eres!

Ella enrojeció. Hubiese querido poder responderle: «Vuestra Alteza lo es más.» Pero no sabía mentir, ni nunca de sus labios frescos había brotado la menor lisonja. No dijo nada. Tampoco el príncipe parecía esperar una respuesta aduladora. Ella hubiese podido decirle: «Los ojos de Vuestra Alteza miran con suavidad, pero su nariz se estremece como la de los perros, y su boca es demasiado grande.» Pero esto no habría estado bien, porque el príncipe era bueno y simpático y, sobre todo, porque galopaba maravillosamente.

Iban por lo más espeso del bosque. El príncipe le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—Y podrías casarte ya. ¿Tienes novio?

Ella le miró asombrada:

—¿Para qué?

El hizo girar su látigo.

—Tienes razón: para nada... Las amazonas no necesitan novio.

Y después de una pausa, á punto que descubrían al través de los abetos la extensión glauca de un lago:

—El que te quiere mucho es el señor Otakar.

Ella hizo una mueca desdeñosa.

—El viejo Fric...

El rió.

—Que es el favorito del rey.

Ella se encogió de hombros.

—Eso, ¿qué importa?

—Es verdad. Pero él te ha permitido visitar el palacio.

—El señor Otakar no me mira como antes; por eso le quiero un poquito menos; pero no olvido ninguna de sus bondades.

—Escucha, Amazona, tú te llamas Ludmila, ¿no es cierto?

—Sí, Alteza.

—A tu padre, que es palafrenero, ¿no le gustaría ascender á jefe de caballerizas?

—Supongo que sí.

—Ascenderá. ¿Tú querrías entrar en Palacio?

—Alteza, no.

—Pues no entrarás. Hace lo menos dos años, Ludmila, que me he fijado en ti. ¿Tú no lo notaste?

—No.

—Y hasta tengo un recuerdo tuyo.

Ludmila abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

—Un mechoncito de tu pelo.

—¡Ah! ¡Como no haya venido Vuestra Alteza á cortármelo mientras yo dormía!... ¿Su Alteza es duende por ventura?

—Mi Alteza, una noche, llegó de Rustria sin que nadie le esperase; entró en sus habitaciones, se acostó y durmió... Por la mañana, al ir á peinarse, encontró cuatro cabellos rubios en su peine, en uno de sus peines de Holy. Eran tuyos.

Ludmila preguntó ruborizada:

—¿En qué lo conoció Vuestra Alteza?

—En el olor. Olían á fragancias del bosque. Y en su finura... ¿Me permites?

Y el príncipe, alargando una mano, quiso acariciar sus cabellos. Ella se apartó, pudorosa y altiva. El príncipe se pilló con los dientes el labio inferior, que palpitaba, y le dijo:

—Me debes obediencia...

—Para eso, no.

Wenceslao se puso más rojo de lo que estaba, quiso decir algo y su boca volvió á cerrarse en silencio. Ludmila había visto pasar por sus ojos una luz que le recordaba á las princesas: luz de fulgores dominantes y despóticos, de voluntad regia, de tiranía tradicional. El era el amo, ella la sierva. El casi un dios, ella una cosa. Esto había dicho la mirada del príncipe. ¡Pues no! Ella tenía su caballo y el mundo por delante para correr.

—¡Alteza, adiós!

El se apoderó de sus riendas, con un ademán vigoroso, pero también galante.

—¡No! ¿Por qué huyes? Quiero que seamos amigos, que vuelvas á mis habitaciones cuando yo esté en Rustria, que vengas á la orilla del lago cuando yo nade. ¿No quieres que acaricie tus cabellos? Pues peor para mí. Te obedeceré...

El príncipe se había puesto pálido. Su mirada había vuelto á ser dulce. Su voz era triste y afectuosa. Ella volvió á ponerse á su lado, y ofreciéndole la cabellera:

—Acaricie Vuestra Alteza—murmuró.

Y los dedos del príncipe rozaron apenas los cabellos rubios.

V

Era entonces el verano. Y llegó el invierno sin que Ludmila y el príncipe se volviesen á hablar. Se habían visto alguna vez, de lejos, durante las grandes cazas y las carreras y las regatas de Holy, que solían celebrarse en Agosto. El príncipe le enviaba, sin que nadie pudiese advertirlo, una sonrisa, cuando no era que, levantando el látigo, le hacía un saludo encantador. Se hubiese dicho que, sobre el fondo esplendoroso del cielo, quería dibujar con su látigo una L gigantesca: la inicial del nombre de Ludmila. ¡Pobre príncipe! Ella, la hija del palafrenero y la planchadora, le compadecía, porque, á partir de la escena del bosque, la niña se había transformado en mujer y comenzaba á comprender lo que significaban las celebraciones y complacencias del viejo Fric y las timideces del príncipe. Ella compadecía á Wenceslao por la limitación y la pequeñez de su fuerza. Nieto é hijo de reyes, llamado á reinar en Ostravia y á ser dueño y señor de la vida de sus soldados, carecía de poder para transformar el corazón de una sierva. El príncipe «la quería». Pero ella «no quería» al príncipe. Hubiese sido preciso, para llegar á quererle, no tanto que no fuese príncipe, que, allá en su fuero interno, Ludmila se creía con méritos para ser princesa—y como tal reinaba en los bosques de Holy, donde «las otras» le hubiesen temido á la aparición del lobo ó la serpiente—, sino que algo dentro del pecho la ordenase quererle. Otakar, por su parte, le daba risa.

¡Oh, el viejo Fric, con sus ojos que le recordaban los de aquellos muñecos enormes del Museo de Rustria! Pero el príncipe le daba lástima, porque era bueno y habría merecido que Ludmila no tuviese alma de amazona, sino de esclava y que, en lugar de permitirle por compasión que acariciase sus cabellos, hubiese querido ser su juguete y su cosa...

Pasaron largos meses. El señor Otakar había cesado de mirarla. Alejo había ascendido de palafrenero humilde á cochero mayor y Tynka entraba á presidir el cuarto de plancha de Palacio. Ludmila veía en todo esto la mano del príncipe. «Es generoso», se decía. Y como los meses seguían pasando monótonos y dulces, sin más encuentros en el bosque, llegó á olvidarse del príncipe y de los ojos vítreos del señor Otakar. Y volvió á su vida rústica y alegre, sin inquietudes ni otras sorpresas que las que le brindaban las espesuras y los montes de Holy, que aún no había concluído de explorar.

Un día hubo conversaciones y grandes preparativos en Holy, y á duras penas salvó Ludmila á su potro de una requisa ordenada por el viejo Fric. Allá abajo, en lo hondo de Europa, hacia el Oriente, había guerra: una guerra en que se destrozaban varios pueblos de la raza de Ostravia. Y Ostravia intervenía del lado del más fuerte, para darle fin. El príncipe heredero sería el caudillo de las tropas que se aprestaban á salir de Rustria: un general de veinte años. Ludmila vió al príncipe, en uno de los jardines de Holy, rodeado de su Estado Mayor. Le iban muy bien el uniforme lleno de brandemburgos, el casco centelleante y las altas botas de charol. ¡Ah! ¡Entonces sí que le habría gustado acompañarle, ser hombre ó, por lo menos, que la dejasen ir á la guerra como á un hombre!

Este deseo no podía realizarse. Partió el prín-

cipe, y comenzaron á llegar á Holy las noticias de sus victorias. Alejo explicaba que Wenceslao era muy valiente, que miraba por la vida de sus tropas y que, como otros príncipes, no las lanzaba al asalto hasta su exterminio. La guerra duró todavía un año. Era una guerra sanguinaria, terrible, como de salvajes, en la que Ostravia representaba á la Civilización. El príncipe Wenceslao se cubrió de laureles y de bendiciones. Había ganado la guerra y hecho la paz. En Holy, la alta y baja servidumbre hacía comentarios entusiastas y críticas favorables al príncipe... El anciano Federico debía abdicar en él. Wenceslao, al que acusaban de poeta, había resultado un guerrero admirable y un diplomático genial. El día que él reinase, Ostravia podría apoderarse fácilmente de aquellos territorios del Sur, que estaban repartidos entre varios príncipes y que «en realidad» le pertenecían. Wenceslao sería un gran rey.

Ludmila tenía entonces poco más de quince años y apuradamente sabía leer. Todo lo que contaban del príncipe la llenaba de confusión y curiosidad. Wenceslao, tan tímido, tan bueno, ¿había sabido, había podido matar hombres ó reducirlos á su voluntad? Y deseó que se reprodujese el antiguo encuentro para ver su nueva cara, para escuchar su nueva voz. De lejos ya le había visto al retorno de la campaña. Sus ojos le habían parecido más brillantes; su tez, más obscura; su boca, más voraz; toda su actitud más fiera, como correspondía á quien acababa de pasar dos años desafiando á la muerte. Ahora Wenceslao era «un héroe». Le habría gustado volverlo á encontrar en el bosque, galopar á su lado vertiginosamente, hablando de la guerra: esa gran cacería en que las fieras y los cazadores son hombres.

VI

—¡Amazona! ¡Amazona!

Era el príncipe. De esta vez no le sintió llegar. Se lo había encontrado, de pronto, junto á ella. Verdad que era Octubre y el bosque tenía un tapiz de hojas secas apelotonadas por la lluvia. Además, habría aprendido en la guerra á deslizarse como los reptiles. Ella le saludó, irguiéndose sobre la silla y levantando el látigo.

—¡Alteza!

El la miró con simpatía y con sorpresa.

—Estás más hermosa aún. Te has afinado sin dejar de ser brava. ¿Vamos hacia el Lago grande?

—Sí.

—¿Sabès que ahora me atrevería con tus terribles potros?

—Lo sé.

—Ya no soy el mismo.

—¡Ah!

—Es decir, me parece que no soy el mismo, ó que hay dos Wenceslaos aquí...

Y el príncipe golpeó su ancho pecho de soldado, y rió de una manera fuerte, casi brutal. Ella le miró. La guerra había puesto en sus ojos melancólicos otra luz; su piel estaba curtida; su voz era la de un caudillo acostumbrado á mandar; en su nariz se había acentuado el olfateo perruno y se habría dicho que sus labios eran más gruesos y más rojos que antes.

—¡Cómo me miras! ¿He cambiado mucho?

—¡Oh, sí!

—¿Estoy peor?

—No sé.

—Sí; estoy peor. Al volver á Ostravia creí que me bastaría con quitarme el uniforme de la guerra y ponerme á leer un libro para ser el Wenceslao que temblaba delante de ti. Y no hay tal...

—¿No?

—¡Vaya! Te digo que tengo un demonio dentro del cuerpo.

—Vuestra Alteza podría ver al Arzobispo de Rustria.

El príncipe volvió á reir.

—¡Ja, ja, ja! Yo venceré solo á ese demonio. Es la fiebre de la guerra, que me dura aún. Si supieses las locuras que he cometido...

—¿En la guerra?

—No, ahora, en la paz. He visitado todas las Cortes de Europa en triunfador. He ganado otra clase de batallas... Verdad que todas las fortalezas se me rendían casi en el acto, sin condiciones. No hay más que una fortaleza en Europa: tú.

Ludmila comprendió instintivamente. Y, también por instinto, fingió inocencia.

—Vuestra Alteza ha visto mundo. ¿Hay árboles tan grandes como estos? ¿Las montañas son tan azules como aquí? ¿Todo es igual en todas partes?

—Casi igual. Sólo existe en Ostravia una cosa única, una cosa inimitable: tú.

—¡Mucho ha debido de trabajar Vuestra Alteza en estos años! ¡Ganar una guerra! ¡Hacer la paz! ¡Mandar en tantos hombres!

—¡La guerra! ¡La paz! A lo mejor, en medio de una batalla, cuando todos pensaban en morir, en huir, en matar, yo sólo veía tus ojos, tu boca de granada abierta, tus muslos de acero sobre el caballo... Escucha, Ludmila... ¡Refrena!... ¡No huyas!

¿Ves?... Tomo tus riendas con las mías. ¡Yo mando! ¡No temas! Escucha nada más, escucha... Estoy loco por ti. Quiero que hablemos...

Ella comprendió que convenía escuchar al príncipe, dejar que las palabras que iban á salir de su boca le calmasen, pues su rostro era como un cielo de tormenta, y ella estaba acostumbrada, en su vida silvestre, á dejar pasar las nubes y á sortear los rayos que descargaban la cólera celestial sobre aquel inmenso bosque, que les envolvía á ella y al príncipe entre sus troncos y sus lianas, y sus hojas secas, copiosas y temblorosas. Como las aguas de un río de oro que no concluyese nunca. El príncipe parecía husmear un rastro. ¿Qué olor fuerte y bueno le cautivaba en la selva? ¡Eran tantos, tan puros y tan varios los olores de aquel paraíso! El olor de la tierra húmeda, el de la hierba, el del musgo, el de las ramas caídas, pudriéndose como miembros humanos en el limo; el del agua encharcada y verdosa... Y todos se fundían, se purificaban en aquel hálito fresco y triste del otoño que rodeaba de un infinito encanto la idea de morir... El príncipe husmeaba. Pero sus ojos estaban fijos en ella, en su cuello desnudo, en sus hombros, en sus brazos.

—¡Qué bien hueles, Ludmila!

Ella quiso separarse. Imposible... Una mano del príncipe dirigía los dos potros, cuyos flancos chocaban, cuyas cabezas se alargaban juntas. Y ella sentía contra su mano la mano del príncipe, y sobre uno de sus muslos una rodilla de bronce.

—¡Qué bien hueles, Ludmila!

El príncipe soplaba, resoplaba. Parecía loco. Ella se atrevió á decir:

—Tengo prisa, Alteza, déjeme...

—No—repuso él—. No te dejaré sin una promesa tuya. He querido olvidarte. No he podido. He tenido cien mujeres para borrar tu recuerdo. Ha

sido inútil. Yo sé que no te gusto, que no me quieres, que mi majestad de príncipe y mis victorias no significan nada para ti. Sé que eres orgullosa y casta. Lo sé todo y te admiro... Pero también te quiero. Dime solamente una cosa: ¿llegarás á ser mía?'

Ella le miró asombrada.

—¿De Vuestra Alteza? ¿Cómo? ¿No lo soy ya?

—No; tú sabes lo que quiero decir; no te burles. Vas á irte de Holy con cualquier pretexto. Tendrás una casa en los alrededores de Rustria...

—¿Para qué?

—Para vivir en ella y esperarme. ¿No te gustaría?

—No.

—¿Por qué?

—Me gusta más Holy, el bosque, la libertad...

—También allí serás libre: tendrás criados, coches, joyas. Vestirás mejor que las princesas. Te querré mucho, te querré siempre. Yo reinaré en Ostravia, pero tú reinarás dentro de mí. ¿Quieres?

Ahora los ojos del príncipe suplicaban. Su voz era, otra vez, afectuosa. Su faz, endurecida por la guerra, volvía á ser la de aquel Wenceslao que temblaba al acariciar los rizos de la Amazona. Ella hubiese querido responderle: «¡Sí!» Pero no pudo.

—¿No me respondes?

—No sé... No entiendo á Vuestra Alteza.

El se impacientó:

—¡No te burles! Estoy decidido á todo.

Ludmila llevaba el látigo en la diestra: lo palpó. Y sonriendo, dijo:

—Y yo.

—¿Me desafías?

—Sí.

Y con una arrancada brusca y hábil logró lanzar su caballo al galope. El príncipe, maquinalmente, soltó las riendas que le estorbaban para dominar

al suyo, impelido á una carrera vertiginosa por el de Ludmila, y comenzó la huída y la persecución. Los dos conocían la selva: sus trochas, sus calveros, sus taludes, sus espesores, sus hondonadas: los sitios para correr hacia poblado y los sitios para esconderse y esperar la noche. Ella estaba segura de llegar á Holy antes del crepúsculo y de no ser alcanzada por el príncipe. Y en lugar de torcer por las veredas del Poniente, las más intrincadas y peligrosas del bosque, tomó el camino recto hacia el castillo; el camino bordeado de olmos milenarios, por donde iban á la caza los señores de Ostravia. Ludmila levantó la cabeza para orientarse. Estaba á dos horas del castillo. No llevaba espuelas. ¿Para qué? El potro comprendía, por la presión de las piernas, por la vibración del pecho de la Amazona, que era preciso transformarse en Pegaso. Y volaba...

El venía detrás, bastante lejos.

—¡Ludmila! ¡Ludmila! ¡Ludmi!...

Su voz era terrible: un rugido... Ella se volvió para verle: hombre y caballo formaban un solo ser: un monstruo. Pero, cada vez, la distancia se hacía más grande entre los dos.

—¡Ludmila!... ¡Ludmi!...

Ya la voz era como un lamento. La Amazona iba á vencer al Centauro. De pronto ella sintió un silbido, una explosión y, en la carne, el picotazo de un ave invisible. El cielo se puso rojo, la tierra se ablandó, los árboles giraron extrañamente, y Ludmila se abrazó al cuello de su caballo para no caer... El dolor era agudo. La sangre fluía de uno de sus hombros y rodaba por el brazo, lentamente. El príncipe había disparado bien, para detenerla. Ella hubiese preferido la muerte á aquel rasguño... Ya estaba el príncipe á pocos pasos de ella. Había perdido la ventaja...

—¡Ludmila! ¡Loca! ¡Al fin!

Wenceslao la rodeó por el talle, la atrajo contra sí, aplicó los labios á la herida fresca... Cayeron juntos, blandamente, sobre las hojas secas, contra un árbol...

El decía:

—¿Lo ves?

Sus ojos eran fosforescentes. Y su boca bestial. Ludmila levantó el látigo de plomo y lo dejó caer entre aquellos dos ojos encendidos, que se apagaron, y sobre aquella boca tinta en su propia sangre, que palideció...

Los caballos habían huído hacia palacio. Ella, sin mirar el rostro lívido, huyó también, hacia la noche, hacia el fin. Huía sollozando, estremecida de orgullo y de dolor. Había matado al príncipe. El príncipe era bueno, la quería, y ella hubiese querido quererle, pero, ¿á qué otro príncipe aspiraba su corazón? Ahora la esperaba la princesa pálida, la Muerte. La idea de morir la fascinaba. ¡Oh, si hubiese sido posible morir por la pequeña herida, morir por él, á manos de él! Se habría tendido allí, en aquel espesor del bosque, entre las lianas, bajo las estrellas, y después del otoño fragante y del invierno gélido, quizá un lebrel de palacio, husmeando como el príncipe, descubriese á la Amazona: lo que quedase aún de la Amazona...

Tenía fiebre. Una gran fatiga comenzaba á invadir todos sus miembros. Quería salir de Holy y encontrarse en la carretera que llevaba á Rustria, siguiendo el curso del río, para ver de lejos las torres del castillo, y sus árboles borrándose en las sombras de la noche... Quería vivir dos horas, una, antes de morir: tener tiempo de decirle adiós al mundo trágico y maravilloso en que había gozado tanto. ¿Su padre? ¿Tynka? Se iría sin verlos, sin que tuviesen el espanto de oir de su boca las palabras sangrientas: «He matado al príncipe.» Tenía sed... Buscó, á



través de aquel dédalo de árboles y arbustos, un manántial. Halló, entre los brezos y las piedras de un declive, unos hilos de agua, y pudo beber un poco y lavarse la herida. ¡Ah! ¡Era mayor de lo que había supuesto! La bala le había atravesado el hombro. Era la primera vez que sufría de un dolor físico tan ardiente. Y también la primera vez que iba á pie por el bosque, entre los helechos resbaladizos y las lianas enormes. Anduvo mucho tiempo, con la boca seca y amarga, las piernas temblorosas y unos calofríos que la obligaban á detenerse, á apoyarse en un tronco, á sentarse en el suelo y á buscar los hilos de agua del manantial.

Salió del bosque cuando anochecía. Por la carretera de Rustria pasaban unos carros de labranza, un hombre á caballo... Fué del lado del río, que era en aquella parte ancho y poblado, con las balsas y embarcaciones que transportaban las riquezas de Holy. Andaría mientras tuviera fuerzas. No la asustaba morir; pero ahora el camino era tan blando, el aire era tan fresco y eran tan dulces las estrellas que comenzaban á aparecer aquí y allá, sobre la tierra adormecida, que no podía substraerse al encanto de aquel adiós, de aquel suave paseo hacia la muerte.

Desde una altura de la carretera, apoyada en el parapeto del río, vió por última vez las torres de Holy, agudas como su dolor, esbeltas como su talle, que no volvería á estremecerse sobre la espalda nerviosa de un caballo. ¡Morir! Ella no conocía el mundo, no sabía nada, no era como esas húngaras andrajosas y fuertes que llevaban sobre la piel polvo de todos los caminos y olores de todas las razas. Ella sólo podía morir envolviéndose en la mortaja del río, ó tendiéndole al verdugo el tallo de su cabeza rubia. Dió varios pasos. Bajó hacia la orilla. El río estaba negro, pero en él nadaban algu-

nas estrellas y se estremecía, incansable, una serpiente de plata. El río murmuraba. ¡Oh, delicia la de escuchar aún! Después sobrevendría un gran silencio. Quiso escuchar la última canción de las cosas, y se dejó caer sobre unas piedras mullidas y verdecidas por las crecientes del río. Las aguas negras murmuraban, se lamentaban de los latigazos de la luna. Ludmila sonrió, suspiró, entornó los párpados y durmió un sueño de inocencia, como en las horas más profundas de su niñez.

VII

¿Quién era aquel hombre? Estaba tendida en una cama blanca, y un hombre parecido al Jesús de los iconos de Holy la miraba y le sonreía.

—¿Dónde estoy?—le preguntó.

—En Rustria; pero no hables. Nadie sabe que estás aquí.

—¿Quién eres tú?

—Un amigo.

—¿Y tú sabes quién soy yo?.

—Sí.

—¿Y tú sabes lo que he hecho yo?

La cara de aquel hombre se iluminó.

—También.

—¡Ah!

Pasó un día. Una mujer anciana le lavó varias veces el hombro herido, le trajo líquidos tibios y substanciosos en alegres tazas de barro y un vino del Rhin en copa de cristal. Ella quería saber.

—¿Dónde estoy?

La anciana respondió en una voz lenta y respetuosa:

—En casa de Alois Stur.

—¿El hombre guapo?

—Sí.

—¿Y quién es?

—Aún no podrías entenderlo, aunque te lo dijese. Alois Stur es grande y bueno y te salvó hace dos noches á la orilla del río.

—¡Ah!

Ludmila sonrió satisfecha.

—¿Por qué no está aquí?

—No tardará...

Ludmila quería preguntar algo. ¿Qué? Todo su pensamiento parecía henchido por la faz del hombre hermoso y generoso, al que recordó. Quería preguntar por el príncipe. ¿Sabría responderle la anciana? Dudó un instante. Y cuando iba á hablar apareció en la alcoba, sonriente y suave, Alois Stur. Entonces no pudo hablar. Sólo podía mirarle. Era la primera vez que veía un hombre que no era un lacayo ni un déspota, un hombre que miraba claramente y en cuyo rostro todas las líneas eran nobles y todos los gestos apacibles. Alois Stur tenía una gran cabellera gris, una frente alta y espaciosa y una boca limpia entre el bigote y la barba de Nazareno. Era delgado. Sus manos parecían de mujer... Ludmila había olvidado en la selva las lecturas del pope de Holy; pero, de pronto, pensó en un milagro. Alois Stur, ¿sería Dios?

Alois Stur le dijo:

—Vamos á salir de Rustria, Ludmila. El príncipe se salvará, seguramente. Ya han llegado los cirujanos de Berlín. La Policía te supone muerta, ahogada. Han seguido tus huellas por el bosque y por la carretera... Han encontrado el látigo y una cinta de tu pelo en la ribera. Unos campesinos te vieron mirando al fondo del río. Te has salvado, por ahora. Yo pasaba en una barca. Te vi dormida, herida... Pude traerte á casa con unos amigos. Ahora conviene huir. De noche pasaremos la frontera... Cuando el príncipe pueda hablar aumentarán los riesgos de tu vida.

Y una semana después Ludmila Dodzko y Alois Stur se instalaban en Roma, en un piso amueblado de la plaza Rusticucci, cerca del Vaticano. Eran el signore Erben y la signorina Octavia, su hija.

Allí llegaron noticias de Rustria. El príncipe Wenceslao había sufrido la trepanación y los médicos garantizaban una convalecencia rápida. Alois traducía para ella los relatos de la Prensa de Roma. Todos los ruidos de un atentado carecían de fundamento. El príncipe había sido arrojado á tierra y arrastrado largo trecho por un potro indómito. No había ninguna coincidencia entre este accidente y la desaparición de la hija del cochero Dodzko. No podía ponerse en tela de juicio la declaración terminante del príncipe. Los ministros de Ostravia en el Extranjero rogaban á los publicistas que se atuviesen á la realidad vulgar y dolorosa del accidente, sin sucumbir á tentación de la fantasía novelesca...

Alois Stur dijo:

—Este príncipe Wenceslao no irá lejos: es demasiado humano; pero, en fin, nosotros tenemos que agradecerle lo que hace, porque en los príncipes el ser simplemente equitativos es una gran virtud.

Comenzaron á pasar los días, las semanas y los meses. La «signorina Octavia» tuvo que renunciar á su existencia de amazona y convertirse en una muchacha muy formal y muy guapa que recorría del brazo de su padre las ruinas y los museos de Roma.

A pesar de la generosa amnistía del príncipe Wenceslao, Alois Stur no estimaba oportuno volver á Ostravia con Ludmila, ni aun siquiera solo. Y esto porque era un secreto á voces que él había salvado á Ludmila y que ésta vivía con él. Ambos habían llegado á Roma al finalizar Octubre, cuando aún temblaban bastantes hojas secas en las alamedas del Pincio y podía pasearse hasta la noche entre las gradas del Coliseo. Después llegó el dulce invierno de Roma. Y aquellos dos meses bastaron

para que Ludmila pudiese comprender casi todas las palabras y una gran parte de las ideas de Alois. En dos meses habían visitado todas las iglesias, todas las pinacotecas, todos los jardines, todas las piedras de Roma. Y ante cada estatua de Miguel Angel, cada cuadro de Rafael, cada columna truncada del Foro, Alois había sido para Ludmila un maestro insinuante y milagroso que le descubría y le explicaba las maravillas y las miserias del mundo, más patentes que en parte alguna en aquella Roma, que había engendrado la civilización occidental.

También hubo libros para Ludmila: novelas y poemas. También la llevó Alois al teatro, á la Opera. También tuvo un profesor de idiomas, *il signore Angeli*, que hablaba meliflua y cantarinamente todos los idiomas, hasta el alemán, y que le llamaba *il maestro, il appostolo*.

Una mañana de Enero *el apóstol* le contó su vida á Ludmila, sin ocultarle sus martirios ni su gloria. Alois Stur era el jefe de los revolucionarios de Ostravia, tenía un periódico y había tenido una cátedra en la universidad nacional de Rustria, donde existía otra tudesca. El gobierno del rey Federico le había despojado de su cátedra, que él—Alois lo confesaba—había transformado en tribuna política. Ahora, después de algunos años de destierro, pasados entre París y Londres, llevaba unos ocho de tranquilidad relativa. Era diputado, escribía libros, que podían encontrarse en las propias librerías de Roma, y figuraba entre los diez ó doce hombres que el día de mañana presidirían los destinos del mundo.

—Porque nosotros—concluía sonriendo—vamos á cambiarlo, vamos á hacer del mundo un paraíso donde los príncipes no darán caza á las muchachas como tú...

Ludmila aprobó. Eso estaba muy bien; pero, ¿de qué iban á valerse para cambiar el mundo?

—De un soplo, que se llama la Revolución.

—¿Holy desaparecerá?

—No. Holy, y todos los Holys de Ostravia, y todos los Holys del mundo, se repartirán entre todos los hombres.

—¡Bravo! Pero los príncipes se defenderán. ¿Qué vais á hacer con ellos? ¿Matarlos á todos?

—Según. No sé... Tal vez baste con darle á cada uno un sombrero á cambio de la corona.

—De todas maneras, á Wenceslao quiero que no le ocurra nada. Porque es bueno...

Entonces Alois la miró con hondura, con dulzura.

—¿Te acuerdas del príncipe?

—Un poco. Me acuerdo más de mi caballo, del olor de la selva. Pero el príncipe me da lástima. Todos los príncipes me dan lástima.

—Y á mí también. ¿Por qué no querías al príncipe?

—Porque no era guapo como tú.

Alois enrojeció.

—¿A mí sí me quieres?

—Desde que te vi. Tú dices que yo soy tu hija, pero nadie lo cree. Dicen que soy tu mujer. A mí me gustaría ser tu mujer.

Alois le puso las manos sobre la cabellera rubia.

—Ludmila, yo también te quiero, pero no te lo había dicho nunca. Te llevo treinta años.

—Tú no tienes edad.

Y pocas más palabras precedieron á las bodas de Ludmila y Alois.

El le decía:

—El amor cambia como el viento, Ludmila. Cuando tú te hayas cansado de quererme; cuando te fatiguen mis palabras y mis caricias, dímelo. Yo,

con el alma desgarrada, me alejaré. Soy demasiado viejo y tú eres demasiado joven y hermosa para que yo pueda cansarme de ti. Pero esto no importa. Según mis leyes, el amor concluye cuando uno deja de querer. No hay amor sino en el placer y el dolor



compartidos; no hay amor sino en la verdad. Por eso, según mis leyes, los hombres y las mujeres no pueden jurarse amor. No hay día de mañana en el amor: todo es presente, todo es hoy...

Ella contestaba:

—Yo te querré siempre. Tú tienes tus leyes y yo

las mías. Tú me has salvado, tú me has creado y tú debes disfrutar de mí. Mi corazón es como una rosa que quiere abrirse, cuando tú me hablas. Y cuando tú me acaricias yo no pienso en nada: soy dichosa como la noche en que tú me encontraste á la orilla del río, durmiendo y sonriendo. ¿Te acuerdas? ¡Y pensar que me despertaste para que el sueño fuese más encantador! Alois, escucha: te quiero, te quiero, te adoro, te adoro, y me gusta más estar contigo que montar en los potros salvajes de Holy. ¡Conque ya ves!

Y la Amazona saltaba á las rodillas del Apóstol, y le besaba, jugando con su melena gris y con sus barbas de Nazareno. Y las ideas de Alois se ablandaban, como si el amor, traidoramente, derramase sobre ellas ánforas de miel.

VIII

Nunca había sido Alois Stur un revolucionario rojo, un demagogo violento. No reprobaba absolutamente el atentado personal, pero lo limitaba, lo reducía á los casos de necesidad estricta para el desenvolvimiento del germen revolucionario. De todas suertes, era un moderado y—como decían los energúmenos de su partido—un romántico, un sentimental. Sin su genio literario, sin su capacidad portentosa de soñador, sin la fuerza persuasiva de su oratoria, sin el fluido apostólico de todo su ser, Alois Stur no habría sido el *leader* de los *renovadores* de Ostravia y uno de los jefes del movimiento comunista de Europa. Alois Stur había sido elegido más bien por las masas que por los otros jefes. Los rusos le acusaban de languidez latina—y eso que era eslavo—. Los alemanes le censuraban sus reservas sobre Karl Marx. En Francia le comprendían solamente los hombres del temple de Jaurés. Los burgueses de todas partes leían sus obras como las de un poeta. En realidad, Stur era un literato. Pero como procedía del nudoso y retorcido árbol de la novela rusa, había en sus libros mucho dolor, mucha ansia de redención acumulada y una piedad infinita por los esclavos de la plutocracia. Alois Stur—como Jaurés, que fué un grande hombre débil—obedecía, sin saberlo, á algo, á alguien. No era rectilíneo y rígido, sino flexible y ondulante. No era una teoría, sino un corazón, un gran corazón.

Cinco años después de su aventura, de su noble aventura con Ludmila, Alois Stur vivía en Ginebra—desde donde podía trasladarse rápidamente á Rustria—una vida doble de publicista y de conspirador. Sus libros tenían el tono de los de Tolstoi. Sus conspiraciones eran más bien favorables al orden establecido, porque, en aquella época, la Revolución de golpe era imposible; no había habido en Europa grandes guerras; Guillermo de Hohenzollern era una esfinge, y no les cabía más á los enemigos de la sociedad presente que socavar sus cimientos por la propaganda escrita y, de vez en cuando, suprimir alguna de sus cabezas. Alois Stur seguía reprobando el atentado personal. Quería la Revolución en masa, en cuanto pudiera ser. Y este sabor cristiano de las teorías de Stur debíase, en gran parte, á la influencia de Ludmila, y se derivaba de aquella ventura idílica en que vivían entrambos.

Uno y otro pensaban siempre lo mismo al hablar del príncipe Wenceslao.

—Es un corazón magnánimo—decía Stur.

—Merecía ser tan dichoso como tú y yo.

Entre tanto Ludmila se iba formando intelectualmente, sin tener nada de ese tipo, tan pintoresco y ya tan común, de la nihilista; ni de ese otro, más áspero é interesante, de la sufragista, ni aun siquiera del de la mujer que escribe, que discute y que *hombrea*. Seguía siendo, á pesar de la ciencia adquirida bajo la tutela de Stur, natural é impetuosa. La cultura no le servía, como á otras mujeres, para lucirse. No leía á un filósofo como quien se hace un vestido en la *rue de la Paix*, sino como quien desprende un fruto de su árbol y lo muerde y lo saborea y se queda con su substancia dentro. No era una musa roja, ni una *bas bleu*, ni una *snob*. Seguía siendo la Amazona. Pero ahora paseaba á

caballo por el Pincio, por el *Bois* y por las riberas del Leman, y se vestía primorosamente, y era, para Stur, fértil en todas las gracias del amor. *Il maestro, il appostolo* vivía fascinado. Ludmila, sin proponérselo, había llegado á ser su musa. Stur no daba por buena una página antes de escuchar su opinión: su fresca opinión sentimental. Stur la tenía al tanto de todos los *complots*, de todas las propagandas en que él debía intervenir. Ludmila le aconsejaba siempre en el mismo sentido: los atentados sueltos eran inútiles; no veía ella el interés de *suprimir* al viejo rey Federico y á otros soberanos del mismo orden. Ella quería el cambio radical, el asalto al Poder, la Revolución grande y noble y, si era posible, en paz. Las huelgas generales le parecían un maravilloso instrumento revolucionario. Todo lo que se basase en el odio le parecía estúpido y estéril. Los propios déspotas no eran responsables del estado de cosas en que habían nacido. Y, sobre todo, ella, que había visto la luz en un palacio y contemplado de cerca la vida de los príncipes, sabía que éstos eran tan desdichados como el resto de los mortales. ¡Ah! El príncipe Wenceslao podría repetir las frases desconsoladas que Eurípides pone en boca de Agamenón, en Aulida: «¡Brillo engañador! ¡Vanos honores!»

Y como Alois Stur se dejase ganar demasiado por el cristianismo de Ludmila, los grandes jefes del partido rojo le pusieron cerca al endemoniado Chowski, todo bilis, todo cerebro, todo hiel...

... Había cerrado la noche. Y Ludmila doblaba la última página del libro de sus recuerdos, cuando apareció Stur...

IX

Stur la besó y le dijo:

—Acabo de librar una gran batalla y de salvar la vida de un hombre. Querían ejecutar al príncipe.

Ella palideció.

—Lo sospechaba. Chowski me habló de un telegrama...

—Ya lo he visto. Era de Kaumann. Que todo estaba dispuesto y que el día elegido era el de la coronación. Yo he hecho comprender que ese atentado es absurdo. Wenceslao es el ídolo de Ostravia, será un buen rey y el primero de la familia eslava que se asemeje á los de Inglaterra. Va á dar una Constitución, á repartir una gran parte de sus dominios y á sentarle la mano á la nobleza. Además, mientras no estalle la guerra que se está incubando en Potsdam, todo intento revolucionario resultará estéril. Matar á Wenceslao es engendrar en todas las tierras eslavogermánicas una reacción conservadora, un recrudecimiento de la autocracia. En Federico hemos tenido un rey patriarcal; en Wenceslao tendremos un rey filósofo. Y el gran día de la Revolución no tendremos que decirle que se vaya: él será el primero en hacerlo. Matar á Wenceslao es también desencadenar la guerra civil, y acaso una guerra internacional, porque la corona de Ostravia quedará vacante—ya que Wenceslao no ha tenido aún descendencia—y las naciones de presa que nos tienen mediatizados querrían imponernos un príncipe de los suyos. Protestarán los ingleses, se estremecerá Francia—porque todo avance teutón en tierra eslava es un peligro para ella— y no será nada difícil que sobrevenga el cataclismo de que está amenazada Europa desde 1871. Claro que este último argumento no lo he empleado, porque lo que quieren ciertos hombres, como Chowski, es la guerra: la guerra que engendrará la Revolución. En una palabra, Ludmila: yo he querido salvar al príncipe. Que se busque otra víctima; pero Wenceslao, no. Tú sabes por qué... Chowski está rabioso.

—Déjalo. Es un monstruo. Tú y yo tenemos que defender á Wenceslao, y si Chowski necesita sangre, que vaya á buscarla á otro sitio. Wenceslao es un rey bueno y un rey menor. Además, yo no creo —aunque en esto tú pienses como Chowski—que la guerra traiga la Revolución. La traerá, sí, pero no para hacer del mundo un paraíso, como tú sueñas, sino un antro inhabitable. Si todos los hombres estuviesen formados de tu masa, la Ciudad del Sol podría erigirse; pero los hombres como tú son muy escasos. Lo que abunda son los Antales Chowski y los Otakares Fric: los que odian y los que adulan y se arrastran. ¿No fracasó Jesucristo? Pues tú también fracasarás, Alois...

El sonrió melancólicamente.

—Entonces, ¿nada?

—Todo: continuar, proseguir la obra de Cristo. Que la substancia revolucionaria sea el amor y no el odio. Que la plebe se instruya y se alimente y se fortifique, y que un día, sin sangre, ó con muy poca sangre, pueda sacudir á los tiranos; en una palabra: apostolado y evolución. ¿No estás conforme?

Alois titubeó un instante.

—Sí—repuso—; pero si esperamos á que todos los hombres se amen entre sí, no haremos nunca la Revolución. El mecanismo de las pasiones huma-

nas no cambiará nunca: siempre habrá odio y amor sombra y luz, hiel y miel; pero lo que puede obtenerse es que no haya esclavos ni inútiles, que todos los hombres puedan trabajar y comer y gozar el buen goce del amor.

—De acuerdo. Y vas á decirme que, en el fondo, eres egoísta, que salvas á Wenceslao por mí, que tal vez retardas varios años la guerra y la Revolución por mí...

—Ese escrúpulo me acomete; pero no importa... También en el fondo de mi alma han dejado huella las dos palabras sublimes del Decálogo: «No matarás.» ¡Hemos salvado al Rey!

X

En Rustria... Las fiestas de la coronación. Es difícil encontrar sitio en las *kavarnas* donde se beben los vinos rubios del Rhin y la cerveza substanciosa de Pilsen. Nunca han puesto en el horno los panaderos de Rustria tantas hogazas salpicadas de comino; nunca se han vendido en el mercado tantas arrobas de *choneroutte*, ni tantos centenares de gansos... Casi toda Ostravia está en Rustria. De todas las Cortes de Europa han venido ministros y generales: los de Viena son los más *chic*; los de Berlín, los más altaneros; los de Londres, los más rígidos; los de Roma, los más nerviosos. Y luego los de la gran Corte rusa, y los de Madrid, y los de Bruselas: no falta ninguno. Pero lo más interesante no es esa Europa belicosa y brillante, esa Europa empenachada, que acaricia el ensueño de la guerra y que ha llegado á Rustria en el Oriente-Express. Lo más interesante es la Ostravia de los burgos y las aldeas, la Ostravia de los campos, que lloró la desaparición del buen rey Federico, y que viene ahora á prosternarse ante el buen rey Wenceslao. Se ven, sobre las cabezas femeninas, tantas cofias de encaje como pañuelos polícromos. Las mantelet[illegible] también son de encaje. En general, estas campesinas de Ostravia recuerdan en el traje á las alsacianas; en el tocado, á las astures y las gallegas, con el sello inconfundible que establece Rusia sobre cualquier pueblo de su raza. Los hombres son menos clásicos ó menos castizos. Tan pronto ve

uno el sombrero ancho y abarquillado, como la montera de piel ó el gorrillo redondo de terciopelo. Lo que no falta jamás es la pluma, el airón... Hombres y mujeres danzan, de todos modos, á la oriental y la occidental, como en *La novia vendida* de Smetana, y como en cualquier *dancing* de París, porque no hay nada más contagioso y cosmopolita que el baile á dos... Pero aún quedan bailes personales en Ostravia y canciones y ritmos propios. Y la gaita no suena allí como en Bretaña, ni como en Escocia, ni como en Galicia. Suena á gaita rusa, y el hombre de Occidente no puede oirla sino como si estuviera soñando, que es lo mejor...

Son grandes las fiestas. Es Julio. El cielo de Rustria está azul y en él se engarzan, como gemas enormes, como cabujones monstruosos, sus cien cúpulas diferentes. A ciertas horas tocan todas las campanas de las iglesias. Hasta los judíos, en sus tres sinagogas, le dan las gracias al cielo de todo corazón. Tienen las mejores bancas de Ostravia, y sus mejores fábricas, y el advenimiento de Wenceslao consolida la paz de que disfruta el reino.

Mañana va á ser coronado el príncipe. En Rustria hay sus *Ritz* y sus *Carltons* y sus *Palaces*. Rustria es poética y pintoresca, pero también confortable, mucho más confortable que el occidentalísimo Madrid. Todos sus hoteles, los grandes, los medianos y los chicos, rebosan de extranjeros. En uno de la Gran Avenida, la que concluye en el majestuoso Museo Nacional, ha alquilado una alcoba con balcón, en el quinto piso, un hombrecito incoloro y feo, en el que no se ha fijado nadie. Es Antal Chowski.

Ludmila y Alois Stur están en otro hotel, guardando un medio incógnito. Están seguros de la generosidad y del afecto silencioso del rey, pero no pueden fiarse mucho de su Policía ni de sus minis-



tros. Para una y otros ella es... la regicida frustrada y Stur sería el presidente de la República si—contra toda previsión razonable—Ostravia hiciera una revolución. Ella, en sus largos años de destierro, ha cambiado mucho. Roma y París han hecho de la Amazona «una elegante». Lo que parece Ludmila, en sus habitaciones del «Rustria-Palace», es una actriz. Para parecerlo se ha pintado bastante y entra en el comedor con trajes que llevan firmas de la Place Vendôme. Alois Stur ha sacrificado su barba mística, que ya se había puesto blanca, y por primera vez en su vida se ha colocado un monóculo y vestido un frac. Su aire es el de un viejo *gentleman*.

Fué un capricho, un suave capricho de Ludmila, este de venir á Rustria á presenciar las fiestas de la coronación de Wenceslao. No irán ella y Stur á la Basílica—sería más que temerario—, ni podrán asistir tampoco á las ceremonias y bailes palaciegos: sería una provocación. Pero ella se conforma con ver pasar á Wenceslao y con respirar el júbilo de su exaltación al trono. Quiere arrojarle unas flores, ver cómo ha cambiado, sentir cómo llevará el peso de la corona, y más tarde, sí, más tarde, hacer que él sepa que ella vino á verle y que ella y Stur le trajeron la vida. ¡Pobre príncipe! Desde que fué mujer de veras y quiso locamente, comprendió el martirio del príncipe: la tortura de una pasión que ha debido domeñarse, enterrarse. Curiosos contrastes de la vida: el destino de un rey lo marca ella, la hija de un palafrenero de Palacio. Ahora mismo, sin ella, Wenceslao ceñiría una corona para entrar en los dominios glaciales de la Muerte.

Ludmila sonríe, soñadora y contenta. Ahí están, en sus cestas, sobre musgo, las rosas de Niza, las violetas de Parma y los crisantemos de Berlín, que sus manos van á derramar sobre el rey joven y triste que la deseó y la amó y que ella no pudo

amar. ¡Pobre príncipe! «Pero vas á reinar, á vivir. Stur y yo lo hemos querido. Chowski, ese lobo, está allá, en Occidente...» Y Ludmila respira. ¡Cuánto ha luchado Stur para destruir el complot abominable! Y cierra los ojos para imaginar el instante en que Wenceslao recibirá de sus manos los crisantemos y las rosas.

XI

¡La coronación! Vibran todas las campanas y todos los corazones de Rustria. Alois no quiere encontrarse junto á ella en el momento en que gritará: «¡Viva el rey!» «No puedo ser tu cómplice hasta ahí», le explica amorosamente.

Ludmila le da un beso.

—Perdóname mi capricho sentimental.

El sonríe con nobleza. El capricho de Ludmila ha salvado la vida de un hombre y, tal vez, la felicidad momentánea de un pueblo. ¿Qué valen sus teorías ni sus ensueños junto á esta realidad magnífica de un alma contenta y de una ciudad alegre y optimista? Alois Stur ya no sabe nada de lo que aprendió en Karl Marx. Sólo sabe que Ludmila tiene un gran corazón y que adora á Ludmila.

Vibran las campanas, retumba el cañón. Es el momento en que el arzobispo de Rustria consagra á Wenceslao. Ludmila y Stur van á separarse durante una hora. El va á confundirse con la muchedumbre. Ella le ve alejarse, desde el balcón. ¡Qué grande le parece! Y él se pierde entre la multitud, encorvado, débil, empequeñecido, como si, al alejarse de ella, le entrase un gran remordimiento. «No, Alois—piensa Ludmila—alégrate de no verter sangre, de no manchar este día azul, de no romper este día de cristal.»

Ludmila comienza á disponer las flores. Está sola —y es feliz—en aquella habitación espaciosa del hotel. Llaman á la puerta...

—¡Pase!

Es Antal.

XII

—Ludmila, he venido á matar al rey. Alois y tú me creísteis vencido, después del fracaso del complot. Y aquí me tienes dispuesto á todo. La supresión de Wenceslao equivaldrá á las vísperas de un cataclismo. ¡Estoy alegre!

—Necesitas sangre humana.

—A falta de otra cosa más agradable, que puedes darme tú...

—¡Miserable!

—Insulta, pero escucha. Vengo á proponerte un trato. No necesito que abandones á tu Pierrot senil. Me basta con poder saciar la curiosidad estúpida que me inspiras. Tu alma—yo no creo en el alma—se la dejaremos íntegra á Stur; tu cuerpo lo compartiremos. ¿Este arreglo te va?

—¡Imbécil! Márchate, ó te echo yo misma, á latigazos...

—El látigo es tu especialidad y eres más fuerte que yo; pero si tú no aceptas lo que te propongo, mato al príncipe. Conque...

—Ya veremos.

—No puede escapársemе: lo mataré matemáticamente, cuando quiera, como quiera. *Eso* no es nada para mí: es como apretar un botón: un acto mecánico.

—Si yo aceptase tu repugnante proposición, ¿no lo matarías?

—Me haría su lacayo, si me lo mandases.

—Entonces, en tu alma...

—Yo no tengo alma.

—¿En tu cerebro no hay más que ideas bajas y criminales?

—Nada más. Yo soy una redomita de hiel. Odio á los hombres. A ti misma te odio. Lo que quiero es tu carne, tu belleza y tu virtud para profanarlas. En fin, te deseo, sin más literatura. Di si accedes á mi... combinación.

—Me das asco y risa. Márchate...

—El cortejo tardará en llegar aquí media hora. Alois no subirá hasta que pase. Decídete...

—Márchate...

—No pongas esa cara... No levantes ese brazo... No seas teatral, Ludmila. Reflexiona. Lo que te pido es nada al lado de lo que te doy... Ven... Aquí mismo, cerca de estas flores. Cerrarás los ojos. Pensarás que en sueños tienes por amante al diablo.

—¡Vete!

—¡Qué orgullosa!... Prefieres que muera un hombre, un hombre por el que sientes una piedad profunda, á una molestia sobre tu piel, que duraría un instante. Prefieres que tu país sufra y que los hombres empiecen á morir á centenares, á miles, tal vez á millones, antes que... ¡Vamos, Ludmila, reflexiona! Sacrifícate. ¿No eres cristiana? Ven... ¡Ah, ya dudas! Hemos perdido diez minutos en entendernos... Dentro de veinte Wenceslao pasará bajo tu balcón. Podrás gritar: «¡Viva el rey!» ¿Puedo acercarme á ti?... No tiembles. No te he tocado aún. No hago más que aspirar el aroma de tu pelo. ¡Qué blanca es tu nuca! Tus orejas son rojas como fresas: me las comería. Tus hombros son magníficos. En realidad, tú eres Eva, tú eres la Mujer... ¿Lloras? Lágrimas de mártir... Ven...

Y Antal vierte su mirada viscosa sobre el pecho ebúrneo. Extiende sus manos, que Ludmila siente palpitar como las alas de un pájaro nocturno. Ella



sabe que Chowski matará al rey. Ella conoce el poder del odio y de la voluntad tenebrosa de aquel monstruo. Pero todo su ser—carne y alma—se subleva ante la idea de pertenecerle. Alois comprendería... Ella misma comprende; pero ¿no hay en ella un instinto contra la caricia que no viene purificada por el amor? No obstante, ha doblegado la cabeza. Va á rendirse, á sacrificarse por el pobre príncipe, por la patria amada, por la humanidad. La boca de Antal cae sobre su nuca. Es el beso de un reptil.

Ludmila se yergue, despide al monstruo lejos de sí, busca un arma... Pero Antal, elástico y felino, da un salto y se pone en la puerta.

—¡Tú lo has querido, loca, imbécil!

Y se va...

Ludmila titubea un instante. ¿Cómo salvar al rey? Mira desde el balcón hacia la calle. La carrera está cubierta por las tropas. La carroza del rey pasará entre doble hilera de húsares de Ostravia. El atentado es imposible. Pero Antal es un hombre diabólico. Ludmila querría prevenir á Stur. ¿Cómo encontrarle, entre aquella muchedumbre compacta y movediza como un mar?

He aquí los pífanos que anuncian la llegada del rey. Un inmenso rumor se eleva de la multitud, cortado por silencios enormes: se diría que Rustria tiene un sólo corazón, que palpita y se detiene para vibrar con más fuerza, otra vez. El cielo—tan al Norte—tiene los azules de Italia. El aire huele á paz. No; el monstruo ha mentido...

Los pífanos más cerca... Los húsares empenachados... La voz unánime de Ostravia, aclamando al rey... ¡Qué pálido y noble Wenceslao en el fondo de su áurea carroza, al lado de la reina, de la reina que le han hecho esposa! Wenceslao inclina la cabeza saludando, sonriendo. Ludmila, magnificada por la

emoción, derrama sobre él sus violetas, sus rosas y sus gritos de amor: «¡Viva el rey! ¡Viva el rey!»

Pasa el cortejo. Va alejándose hacia otras avenidas de Rustria. Una hora todavía para llegar á palacio. Ludmila, confiada y vibrante, espera á Stur. Ella y él impedirán que Chowski realice el atentado. Entra Stur... Y apenas se han sonreído cuando una fuerte explosión les sobrecoge. Stur exclama:

—¡Una bomba!

Y ella:

—La ha arrojado Chowski contra el rey. ¡Yo he matado al rey!

Alois escucha á Ludmila, absorto, enternecido.

—No pude... No pude... Mi amor por ti, mi amor por mí, fueron más grandes que mi amor por él...

—El amor es más fuerte que la caridad. Ahora, tal vez la guerra, la Revolución...

—¡Por mi culpa!

—No; porque Chowski ha roto esta tarde su redomita de hiel. ¿Tú sabes lo que nos espera á ti y á mí? La prisión y la muerte. La Policía y los ministros de Wenceslao nos considerarán cómplices de Chowski. Y él, si la muchedumbre no le ha linchado, nos denunciará.

—¿Morir nosotros? Yo, acaso. Tú, no...

XIII

Llegan noticias al hotel. Un hombre ha lanzado una bomba, en la Gran Avenida, desde un quinto piso. Hay cien muertos, entre ellos la reina y el rey. Ludmila escucha espantada. Sus ojos de ídolo fulgen de dolor. Ella habría dado su sangre, toda su sangre por el rey; pero el monstruo quería más, mucho más... Alois está sereno. Ha vuelto á ser el pensador.

—Ludmila—dice—, el Destino realizó su obra. ¿Quieres que nos manden al patíbulo con Antal?

—No. Quiero que tú y yo luchemos contra los hombres como Antal, contra los falsos profetas, contra los lobos en dos pies. Huyamos...

Antal ha perecido á manos del pueblo. Ludmila y Stur cruzan de noche la frontera de Ostravia, á caballo, al galope. Una sombra divina les protege en su éxodo hacia el Ideal...

FIN

